



Leer historia

Nunca antes hubo tanto acceso a temas históricos y, paradójicamente, la oferta parece redundar en los mismos enfoques. El siguiente mapa busca acompañar al lector común para saber cómo conducirse entre los demasiados libros.

E

XISTEN MÁS LIBROS —en papel o electrónicos— que nunca antes, lo cual no quiere decir que haya más variedad y más lectores. Fernando Escalante o Gabriel Zaid ya lo explicaron. Aquí hablo de libros de historia y de lectores en mangas de camisa,

porque lectores los hay por trabajo y por pasión y yo creo que existe el lector(a) de historia por pasión; a ese lector me dirijo, a ese devoto, pero no experto, que lee historia porque le gusta. Pero ante tanto libro, ¿qué leer?

1. La relación entre el lector común y la historia presenta dos paradojas enlazadas:

1. a. Los historiadores profesionales dan soponcio ↔ b. la historia vende.
2. a. Nunca antes hubo acceso a tanta historia (libros, internet, cine) ↔ b. en términos de conocimiento histórico, para el lector común no se demanda ni oferta mucho más que variaciones de lo mismo que se ha venido diciendo por más de medio siglo.

Probar o desmentir ya es innecesario. La proposición es irrefutable: si lo que hacemos los historiadores profesionales es bueno o malo, es discutible, pero no el soponcio que producimos al lector común.

Probarlo con rigurosidad llevaría a listar los libros de historia y las novelas históricas que han estado en las listas de los más vendidos, digamos, en la última década en Argentina, España, Francia, México o Estados Unidos. No lo haré, pero lo afirmo: la historia vende, no se requiere fe para estar de acuerdo conmigo; cualquiera que visite librerías, que sea adicto a series de televisión o al cine o que frecuente quioscos de revistas, coincidirá en que la historia ha de vender, porque si no ¿por qué hay tanta?

De 2a digo que es una verdad absoluta pero engañosa. Una simple búsqueda en el catálogo más completo de bibliotecas del mundo (Worldcat) revela lo siguiente: bajo la

La historia es una narración y como tal involucra elementos de la retórica y la literatura.

materia “México-Historia”, con fecha de publicación entre 1950 y 1970, se agrupan 14,500 entradas, sobre la materia “Estados Unidos-Historia”, 93,500; entre 1971 y 1990, la cifra asciende a 30,000 y 200,000 respectivamente. Y de 1991 a 2014 se registran 91,000 entradas clasificadas como historia de México y medio millón de historia de Estados Unidos. Datos impresionistas, sin duda, pero que sirven para entender lo obvio. Existe una mayor producción historiográfica, no necesariamente mejor historia pero sí más producción universitaria y más puestos de historiadores.

¿Qué leer? ¿Cómo empezar? ¿Qué información es confiable? ¿Qué interpretación es buena o reveladora? ¿A quién creerle? Esto, me temo, sigue siendo cuestión de expertos o de lectores de raza, de esos obsesionados con los libros y con la historia. Así de feo y elitista.

De 2b —que en términos de conocimiento histórico, para el lector común no se demanda ni oferta mucho más de lo mismo— no puedo hablar con datos, solo con la experiencia de años de dialogar con estudiantes, profesores de preparatoria y secundaria, doctores, abogados, científicos... No hace mucho departía con dos abogados de renombre, un pedagogo, una economista y un editorialista y caricaturista de fama nacional, todos cultos y viajados, vamos, el tipo ideal del lector común de historia. Uno de los abogados es tan culto que trama una novela histórica y preguntó al amigo historiador (yo): ¿por qué la diferencia de desarrollo entre México y Estados Unidos? No pude contestar; el editorialista, en cambio, se lanzó tremenda explicación

que al unísono la mesa coreó y apuntaló con variaciones sobre eternos temas: protestantismo vs. catolicismo, ellos mataron indios vs. nosotros no, individualismo vs. colectivismo, Inglaterra vs. España... Eso sí, aquí y allá los viejos argumentos se endulzaron con genética, economía, biología o teoría de juegos, todo sacado al pelo del último libro de Niall Ferguson o Steven Pinker. Gente culta, estos consumidores de la “historia de difusión”. Pero parecían no haber recibido nada diferente a lo que se leía a fines del siglo XIX ni tampoco querían saber más. No es que yo, el historiador, no pudiera, en lengua franca, meter alguna duda en los lugares comunes, es que esas dudas “no se ocupan”. De cualquier forma, probar 2b es dilatado y complicado. Aquí sí pido fe: sé de qué hablo. E incluso si no se me creyera, concédaseme que tanta historiografía que se produce no llega al lector común y que entre tanto libro e internet es difícil decidir qué leer.

Ante estas paradojas, para saber qué leer y cómo en los tiempos de los demasiados libros, los monopolios editoriales, los grandes premios, los *bestsellers* efímeros, faltan mapas de circulación. Las guías convencionales son las reseñas de libros y las discusiones historiográficas en los suplementos y revistas no académicas. También sirven de guías los programas de radio dedicados a la historia, las revistas de lo que los ingleses llaman *public history*. En inglés, existen algunas pocas; en español, muchas menos. Cada aniversario de esto o aquello habrá un número de la revista X dedicado a la discusión, pero no muchas reseñas de libros de historia. Y los tertulianos que, en los medios de comunicación, discuten *public history* hablan de datos y anécdotas o promueven sus propios libros, pero hablan poco de libros de historia. En español, la discusión de historia existe, mejor o peor, en las revistas especializadas. En México, *Istor* reseña sistemáticamente historia con un público no especializado en mente. *Nexos* y *Letras Libres* cada tanto incluyen un libro de historia en su sección de libros. ¿Por qué ese libro y no veinte más que han salido? La respuesta, casi siempre, tiene que ver con redes, con amigos y enemigos, pero no con guiar al lector de historia.

Como todos los de mi gremio, soy burdo en traducir y en resumir lo que los historiadores vamos discutiendo y descubriendo. Culpa nuestra. Quiero al menos ofrecer un somero mapa para el lector común de historia. Pero antes acordemos la anatomía mínima del libro de historia.

2.

En breve digo que a un libro de historia lo distinguen: un Punto de Vista, una Síntesis, una Moral, una Narración y un Vestido. Claro, estas características suceden simultáneamente, pero distingámoslas para entendernos.

Cualquier relato sobre el pasado es ante todo un punto de vista, un conjunto de ideas que explica y organiza el relato y a la vez produce ideas específicas sobre cómo pudo haber sido el pasado. Puede ser un punto de vista explícito o no. Si digo “la lucha de clases” o “de la tradición a la modernidad” son puntos de vista que ni siquiera necesitan explicarse, y a través de ellos se organiza el pasado y surgen ideas sobre cómo fue o qué pasó —por ejemplo, la Revolución mexicana fue una revolución burguesa o el problema de

América Latina es la herencia colonial (tradicón)–. Los males comunes que aquejan al punto de vista son su ausencia, su omnipresencia, su simplicidad, su inconsciencia. De hecho, la construcción del punto de vista es la parte más complicada, indescifrable, del trabajo del historiador; es donde se procesa toda la erudición y la imaginación posibles, y siempre se construye calibrando con los datos, ajustando conforme avanza la investigación y la escritura.

La síntesis es transformar, a través del punto de vista, un universo casi infinito de información y conexiones en un universo finito, representativo, que pueda valer por “así fue esta o aquella historia” y hacer que entre en un libro. El historiador escarba, busca, descubre y acumula tanta información como sea posible. Si no hay necesidad de síntesis es que no hay historia bien investigada que contar. Sintetizar transparente “cómo piensa” la historia, y la buena historia es ejercicio ingrato: hay que acumular y digerir no solo información sino muchos puntos de vista sobre la misma información hasta que aparezcan patrones, tendencias, hasta poder decir con confianza “conozco el bosque y afirmo que es como estos cuantos árboles”. De la síntesis salen los ejemplos, las evidencias y las pruebas.

Con frecuencia, pareciera ser que el simple paso del tiempo hace las síntesis: sucedió x y luego y y luego z. La historia es síntesis porque cuando pasó x también pasó A, B y C; por tanto, x es en el mejor de los casos una decisión sintética representativa sacada por un punto de vista disciplinado. En el peor de los casos, las enfermedades comunes de la síntesis son: no hay síntesis, se menciona lo poco que se sabe, no hay idea de conexiones ni de ecos, los ejemplos no ejemplifican, son el universo entero de la muestra o son una anécdota sin sentido de relevancia; entonces, la evidencia y la prueba derivan en mariposillas alrededor de un mínimo rayito porque lo demás es oscuridad. También es común que un historiador sea incapaz de domar su erudición y nos recete un libro enorme lleno de datos y datos más o menos conectados a través de una cronología.

Como la historia otorga sentido al actuar humano, es por necesidad política y moral. Es a ratos una moraleja o una denuncia o una tragedia o una vanagloria, pero siempre es una posición moral o política más o menos explícita. Muchas veces es solo política y moral, como las muchas historias nacionalistas, las historias partidistas de cualquier guerra o las historias sociales que tienen muy claro quiénes son los villanos perfectos y los buenos impolutos. Pero la historia es política y no hay nada que hacer al respecto, por eso es importante, por eso la traen a cuento políticos, ideólogos y opinadores. Para discutir hay muchas otras formas de conocimiento, pero sin la materia prima, la historia, ¿cómo se pueden discutir temas tan políticos y tan vitales como pueblo, nación, ciudadanía, desigualdad, justicia o violencia?

La enfermedad de la moral que es la historia es la propia política que hace que el pasado se vuelva aquel que escogemos como decisión moral y política: no aprendemos historia, juramos fidelidad a banderas, ideologías, sentimientos. La historia puede ser buena política: pacto, tregua, acuerdo, un mientras tanto momentáneo, un aceptar villanías y un olvido de ella misma para hacer justicia y paz.

La historia es, casi fisonómicamente, un conjunto de palabras, una narración, y como tal involucra elementos de la retórica y la literatura, desde la metáfora hasta la anécdota, el color, el sabor, la textura y muchos ecos y escenas provenientes de los relatos. Para el lector común, o para el profesional de la historia, esto es vital. El manejo de la anécdota perfecta en el momento adecuado, el color de las escenas y la textura de la narración, todo eso es lo que hace a la historia lo que es, un relato que –todo indicamos– necesitamos para dar sentido al pasado, para sentirlo. No mucho que agregar a ese respecto, salvo que el lector común debe estar al tanto de que el punto de vista, la síntesis y la narración no son un protocolo de actuación, sino una melcocha inseparable.

La mayoría de los males de la historia son males de la narración, y la historia como narración al mismo tiempo atrae y repele; atrae por su elocuencia, repele por los mismos motivos –nos engaña con tanta filigrana– o por su falta de elocuencia –nos aburre porque está mal escrita.

Finalmente, está el vestido del libro de historia, a saber: la editorial que lo publica, la publicidad alrededor de él, la identificación del autor en la portada y contraportada, el uso o no y la manera de incluir bibliografías, citas, ilustraciones, el tipo de papel o el formato electrónico en que se encuentra, la distribución comercial... en fin, todo aquello que atañe a la producción y comercialización de una mercancía, el libro.

3. Sobre la historia existen cuatro malentendidos frecuentes que pueden extraviar al lector común:

a) La historia académica no es legible, no sirve más que para impulsar carreras de profesores, chupasangres de marras, que oscurecen la historia que todos queremos conocer. Un lugar común. Compiten por repetirlo, cual novedad, intelectuales, comentaristas y profesores emancipados de la “esclavitud” universitaria. Y, en efecto, se produce mucha porquería profesional, pero hay que perderle la ojeriza y el miedo a este tipo de historia. No es para tanto. La historia profesional, con todos sus males y abusos, produce los nuevos puntos de vista, las nuevas síntesis, las nuevas formas de narrar. Este tipo de historia es, primero, generalmente legible, aunque no siempre disfrutable y, segundo, indispensable. Hay que ojearla, revisar la historia académica del tema que nos interesa, seguir las pistas que esos libros nos van dando.

Un truco: muchas veces la historia académica, incluso la muy buena, es un pleito entre historiadores, acaso interesante, pero lleno de estrategias que solo les interesan a ellos. Muchas de esas historias académicas son legibles para el lector común y sin mayor ambición académica, debido principalmente a su estructura: la tesis central aparece al principio del libro, las ideas derivadas, al inicio de cada capítulo y lo esencial se repite en la conclusión. Lo demás son datos y datos –que pueden o no ser del interés del lector– y mucho pavoneo entre historiadores que el lector puede pasar de lado como el perro ante el fiero y mimado gato de casa.

b) La buena historia para el público en general es aquella salida de la pluma de los “Gibbons contemporáneos” que saben escribir, no siguen modas académicas, son muy cultos y no se andan por las ramas. Otra falacia. Una obra como la de Edward Gibbon no habría sido posible sin la existencia de aburridos historiadores y anticuarios que agotaron los archivos y escribieron los catálogos arqueológicos sobre el Imperio romano. Pero ¿qué difunde una historia de “difusión” si no se nutre de la historia profesional? Lo cierto es que se produce tanta basura en la historia de “difusión” como en la académica, y es tan difícil para el lector común distinguir el oro de lo dorado entre los libros de “difusión” como entre los libros hiperespecializados.

Paséese usted por las librerías, revise los catálogos de novedades y *bestsellers*, vea lo que ofrecen los grandes monopolios editoriales, revise la anatomía de esos libros. Duda si no le ofrecen una buena bibliografía, si se decantan mucho de un lado o del otro, ideológico o moral. Ante todo, no crea eso que dicen los historiadores académicos (que fuera de la academia todo es periodismo) o lo que dicen los escritores o historiadores no universitarios (que los académicos saben mucho pero no entienden nada). Son boberías.

c) Existe la teoría y existe la historia; para algunos, lo mejor es la mezcla; para otros, la separación. Falso. Una historia sin teoría (sin punto de vista) no es historia; y una teoría sin historia, ¿qué es? No son dos dominios, es uno solo; sucede que a ratos los historiadores parecen no gustar teoría y a ratos parecen ser pura teoría. Y aquí no hay regla ni de etiqueta ni de calidad: qué tanta o qué tan poca teoría o historia es recomendable depende de lo convincente, lo revelador, lo bien investigado y logrado que esté el relato. Si faltó o sobró, eso es tema que solo puede tratarse en específico: cuál teoría, para entender qué fenómeno, qué datos históricos—sobre qué, cuántos, vistos cómo—iluminan o rechazan una teoría. Lo cual nos lleva a la conclusión de que un lector interesado en historia consume teoría aunque no quiera. Así que lo mejor es leer sabiéndolo, y si el libro resulta ser un bodrio, pues se lo abandona, pero la presencia o ausencia de la teoría no puede ser un criterio de lectura.

Aquí unos consejos: lector común, despreocúpese usted de esos debates entre historiadores; lea historia y sepa que ahí hay teoría, punto de vista. Ahora bien, si consciente de esto repara en los giros teóricos, lea más sobre ello, siga las pistas que le dan los libros. Eso sí, existen los expertos en “teoría de la historia”; si esos expertos no han contado una sola historia, no les crea mucho. Sería como hacer de su sacerdote su sexólogo.

d) Leer historia es hacer ciudadanos, hacer patria, y sirve para no repetir los errores del pasado. Esto es una verdad a medias. No es que todo lo anterior sea ajeno a la historia, pero este buen deseo no puede ser la guía de nuestras curiosidades históricas. Aunque el interés de un lector común sea conocer mejor la historia, por ejemplo, mexicana, esa historia no es inteligible si no se sabe de otras historias. La historia patria como guía es mala; cualquier problema, fenómeno o época histórica es irreducible, conceptual y empíricamente, a una historia patria. Para fomentar cultura cívica o amor

a acuerdos nacionales habría que considerar mucha historia de Europa, muchísima del Caribe, Centroamérica y Estados Unidos, e historia de cosas como el liberalismo, la desigualdad o el nacionalismo mismo sin gentilicio.

4.

Y, al fin, ofrezco una tipología posible entre los demasiados de historia. Entre la subespecie de los libros académicos, existen:

a) *El ladrillo especializado*. Se trata de un libro con mucha bibliografía, e infinidad de citas a pie de páginas o al final, con numerosas referencias a archivos. Su prosa suele ser seca e incluso nebulosa, pero no es inusual que esté bien escrito. En principio, para un no experto, la lectura de este tipo de libros produce la sensación de entrar al partido cuando el primer tiempo ya está por terminar; así que si lo compra es porque ya sabe algo del tema y quiere seguir sabiendo. Revise si el libro proviene de una tesis doctoral. Si es el caso, busque la idea principal al principio y pondere si es interesante. Observe si el autor ha publicado mucho sobre el tema o qué otros libros ha dado a conocer, eso le dará una pista. Si, de entrada, la fisonomía, el vestido y el punto de vista, la lectura de unos párrafos, no lo atrapan, olvídelo. Si encuentra algún interés, pero no mucho, no lo compre a la primera; vea, vía Google, si el autor y el libro son comentados. Lo más probable es que el autor haya publicado un artículo donde resuma el libro, eso le hará el trabajo más fácil. No preste mucha atención a los párrafos de la contraportada o del cintillo con que las editoriales promueven el valor del libro. Las editoriales académicas hacen lo mismo que las comerciales y no son de fiar a este respecto. No se espante si acaba por no hacer caso a la mayoría de estos libros, es lo normal; lo bueno es escaso. Preocúpese si su biblioteca se va llenando de *bestsellers* de historia, por lo mismo: lo bueno es escaso.

b) *El ladrillo síntesis*. Generalmente no deriva de una tesis doctoral sino que es el segundo o cuarto libro de un historiador profesional. A estos sí présteles atención. A veces son grandes nuevas síntesis sobre un siglo o sobre un tema (la Revolución mexicana, la Primera Guerra Mundial o la Era de los Imperios). De común son producto de la madurez del historiador, lo cual en ocasiones no los salva de ser soporíferos. Considere que muchas de las verdaderas nuevas síntesis son libros colectivos, que son de lo mejor en el mercado para entender una historia. Así, no se espante, salte ante la oportunidad de adquirir la Cambridge o la Oxford *history* de esto o lo otro, o la Historia Moderna de México de El Colegio de México. Son sumas variopintas, pero son las narraciones más confiables, aunque el ciclo de producción de la historia es tan lento—porque requiere de latosa investigación—que para cuando uno lee la última versión de cualquiera de estos compendios ya necesitan una repasada.

c) *El ensayo histórico*. Contra lo que se cree, los historiadores no son tan aburridos y burros como parecen, y con frecuencia discuten entre ellos a través no de pesadas monografías que se basan en nuevas investigaciones de archivos, sino de

ensayos de reinterpretación general de un fenómeno o de una época histórica. Pueden ser muy conceptuosos o no, pero eso no es criterio para leerlos. Suelen estar mejor escritos que las monografías, poseer muchos más ecos y aristas y ser muy propositivos y arriesgados. Siempre son una consideración muy seria de todo lo que se ha dicho sobre un tema y, también, una propuesta de cómo ver. De cuando en cuando vienen como una revolución después de muchas monografías sobre un tema; otras veces son una propuesta que a su vez produce numerosas monografías, de esas aburridas de las que huye el lector no académico. En ocasiones, son eso, ensayos, un artículo, como el famosísimo de F. J. Turner sobre la importancia de la “frontier” en la historia americana, o una suite de ensayos como los de Alan Knight sobre la Revolución mexicana. Los hay también que en apariencia son el tratamiento de un tema general, pero específico, que se mueve con libertad en el espacio y el tiempo, tales son los casos de la historia de la sexualidad o de la prisión de Foucault, la historia de los nacionalismos de Gellner o Hobsbawm o *México, el trauma de su historia* y *La invención de América* de Edmundo O’Gorman. Generalmente, este tipo de libros son la delicia del lector más o menos iniciado en temas históricos. Vaya usted a la cacería de este tipo de libros, son, para el historiador o para el lector común de historia, el pan nuestro de cada día.

d) *La biografía*. El género biográfico puede ser un fácil puente entre el pesado libro académico y el libro de “difusión”. Las grandes biografías requieren de tanta o más investigación que cualquier historia social o económica, pero la síntesis a través de una vida hace el relato más amable para cualquier lector. Es muy provechoso y placentero leer biografías académicas, bien documentadas y discutidas, de quienes participan en la historia de la que ya sabemos algo; y es muy útil leer la vida de personajes interesantes que se movieron en historias que no conocemos bien. Leer una buena biografía de San Agustín, de Napoleón, de Disraeli, de Manuel Azaña, de Gilberto Freyre o de Ortega y Gasset obliga a una lectura activa, como quien hace clic en un nombre, un suceso, un periodo de la historia francesa, inglesa, brasileña o española. Si bien la biografía también es un género muy socorrido por escritores de historia de “difusión”, me temo que aquí, lector, el cambalache es innecesario; lea biografías, si académicas o no, tanto da.

Entre los libros no académicos están:

a) *Las nuevas síntesis—generales o específicas—de “difusión”*. La fisonomía de este libro es bien conocida por el lector común de historia: generalmente se trata de un libro de portada colorida, que dice, atrás o adelante, que nos cambiará la perspectiva de un tema o de una era. A veces se presenta como si fuera a desbancar una cosa muy sabida o sorprendiendo con publicidades tales como “el libro que cambió el rumbo del siglo xx”, “el libro que todo mexicano debe conocer para entender por qué ganaron los malos”, “Colón es catalán”, “el secreto papel de los banqueros en la Primera Guerra Mundial”... O también puede ser presentado como la mejor síntesis, al día, de la historia moderna de México,

ilustrada y con mapas, con recuadros que incluyen documentos originales.

Aquí lo dicho: primero, el diagnóstico. Si el libro no tiene citas a pie de página, ¿tiene un largo y sólido ensayo bibliográfico comentado? ¿Tiene una amplia bibliografía bien caracterizada (no una simple lista de libros)? Si usted conoce un poco del tema, y el libro cuenta con un verdadero índice onomástico y analítico, revise usted si trata —cómo, cuánto y dónde— las personalidades y temas que usted considera importantes. Que no los trate no es sinónimo de inutilidad, pero es un criterio para seguir el diagnóstico. Generalmente estos libros son una narración “como Dios manda”, lea por aquí y por allá, vea si el libro es “agarro”, si tiene sutileza pero también fuerza en la prosa y el argumento. Si es una simple cronología —pasó esto y luego esto otro— o si es una anécdota tras otra, empiece a dudar. Si comienza con aquello de “nadie ha dicho, nadie ha visto esto antes”, dude. Es muy poco probable que sea cierto. Usted, lector común, está en busca de estos libros, de las grandes síntesis, de los grandes sintetizadores (Simon Schama, Hugh Thomas, Eric Hobsbawm) y yo también. Pero entienda que cada que un libro de este estilo nos convence también nos compromete a leer y seguir leyendo las síntesis que los critiquen. Uno lee historia no solo para acumular datos, sino para contrastar puntos de vista y aprender a ver.

b) *El libro de historia modelo Business School*. De un tiempo a esta parte, este es el libro exitoso de historia, el que lee el abogado, el médico, el profesor de preparatoria culto, es lo que se repite en cafés, en tertulias y lo que regurgitan los opinólogos. Se trata del libro Power Point: avanza únicamente con una o dos ideas, muy potentes, cual la “neta del planeta”. Así encontramos libros que nos dicen que la historia de Occidente puede reducirse a la existencia de cuatro u ocho “apps” (ética protestante, patentes...); o libros que hablan de “ventanas de oportunidad”, “evolución disruptiva”, “path dependent”, “is wired”. El modelo que parece seguir este tipo de libros es el de la biología o la economía o la ciencia política, pero en realidad su modelo es el marketing de las escuelas de negocios. La idea se empaqueta como un producto, bien manufacturado como una historia *prêt-à-porter*, y con conclusiones tajantes y clarísimas, con una lógica de gráfica de Power Point, como para que ninguna inteligencia resista el *knock-out*. Son miles los libros de o con historia producidos en este estilo cada año. Algunos pegan —se vuelven el modo de hablar de la gente “cultura” y preparada— y otros pasan inadvertidos. Hay que leerlos. Yo soy de los que cree que las ideas nunca sobran para entender la historia. Pueden ser muy interesantes porque, a diferencia de los historiadores coñazo, avanzan con preguntas y soluciones claras e importantes —¿por qué los imperios caen?, ¿por qué la desigualdad permanece?, ¿*why was England first?*—. Pero cuidado: como usted sabe, lector asiduo a la historia, la maldita Clío no es amiga de la mono-causalidad. No hay fenómeno histórico que pueda reducirse a una o dos causas, de ahí lo interesante e importante de la historia. Hay que considerarlos como ensayos historiográficos, sin la erudición —los miles de ecos— de los grandes ensayos historiográficos, solo interesantes hipótesis a enfrentar con más historia.

c) *La novela histórica*. Este es el libro por excelencia del lector común de historia. Cuando bueno, es indispensable para el historiador y para la vida; cuando es malo, perfectamente prescindible como historia y como literatura. Solía ser que los buenos autores de novelas históricas eran tan eruditos o más que los historiadores –lea usted el libro de Peter Gay sobre Flaubert como historiador–. Para cada país, para cada lengua, hay grandes exponentes del género. La tradición misma, local y universal, lo puede ir guiando. La complicación aparece al discernir qué leer entre el *boom* de novelas históricas que se publican cada año gracias a que la historia vende y a que existe Google. No me corto en decirlo: la mayoría de lo que hoy se publica como novela más o menos histórica es googlazo puro, sin mayor investigación, la historia de siempre, simple y llana a golpe de Wikipedia, sobre cualquier tema edulcorado con una trama, algo de sexo, alguna obvia referencia a lo contemporáneo, y todo en planos que a la de ya entrevén la película. Con este tipo de libro, no hay de otra que haberse hecho de un gusto leyendo grandes novelas históricas –desde Tolstói hasta Marguerite Yourcenar, desde los *Episodios nacionales* de Galdós hasta *Santa Anna, el dictador resplandeciente* de Rafael F. Muñoz– y luego ojear y ojear lo que se publica, y dejar que las hojas caigan por propio peso.

d) *La historia chisme*. A guisa de historia, se venden muchos libros de difusión que hablan de la vida privada de este, o de los amores de aquel, o de las borracheras o la homosexualidad de otros tantos. La historia es chisme y contra eso no hay nada que hacer. Descrea de los historiadores serios que nieguen la naturaleza chismosa de la historia. Disfrute el chisme medido, informado, caliente y al pelo del argumento. Pero siga los criterios antes marcados. Cerciórese de la fuente de los chismes, dude de los anacronismos: “Sor Juana escribió sonetos amorosos a una virreina, ergo...” También hizo lo mismo para Dios y el mundo. Eso sí, como chisme, hasta el más irreal y poco sustentado es bueno de leer, disfrútelo, pero no se lo crea. Ríase con o del libro, pero no abuse del consumo. Este tipo de libros hace vicio.

De despedida, recuerdo al lector común de historia que lea para documentarse, para entender, para contrastar, pero no solo para sentirse bien en lo que ya sabe. Si leer historia únicamente le ha dado la felicidad de estar en lo correcto, para eso es mejor el alcohol o el sexo. Cuando la historia molesta, cuestiona, pone en entredicho identidades, creencias y afiliaciones, es cuando más es ella. Déjela ser en usted. Claro, usted acabará por dar por cierta una interpretación, al menos hasta una nueva lectura. Clío no es solo la musa de los historiadores, es la patrona de los lectores de historia: nos dispensa esas inocencias –de los que somos sus hijos– pero no la necedad o el dogmatismo. –

*Una versión ampliada de
este artículo puede leerse en las
ediciones web y tableta de este número.*

INQUIETA
YACE LA
CABEZA
QUE LLEVA
UNA
CORONA

– página 10 –